

Vicente
Quirarte

E

l plenilunio de la muñeca

La destrucción o el amor. ...
Vicente Aleixandre

...La palabra tiene su origen en el nombre de un soberano mítico, Licaón, castigado por los iones a causa de haber sacrificado a su propio hijo en el altar. Existen distintas versiones sobre el castigo dictado por Zeus, en pluma de Platón y Ovidio; asimismo, Pausanias lo menciona en su Periegesis tes Hellados. Littré la define como "una especie de enfermedad mental"...

"¿Crearás, Leticia, que estuve esperándolo hora y media, ya sólo por ver esa cara de asustado que pone cuando está apenado conmigo? Y la adivinanza de esa tarde era difícil, no creas que no lo sé. Sabía que le iba a costar trabajo descifrarla, y cada vez le va a costar más. Si un hombre cambia contigo, no tienes sino complicarle la vida; en el buen sentido, no me veas así, mujer. La otra noche, por ejemplo, casi termina todo sólo porque no traía al cuello su medalla de plata, sabes cual, ¿verdad?, la de siempre, esa de Notre-Dame de Arles que pesa tanto. Me encanta, claro, más porque es antigua y fue lo primero que me regaló. Pues se puso furioso y más, y de nada sirvió que le explicara que se había roto la cadena. Todavía lo soporté. Pero cuando en una relación tú pides una cosa razonable y no se te complace, no puedes sino pensar en que algo anda mal. La otra vez le sugerí que nos viéramos alguna noche de luna, pero me contestó lo de siempre: que las noches de luna llena debe permanecer en el observatorio, porque de ese tipo de estudios se ocupa sólo él. Pues de qué crees que me enteré: Que las famosas observaciones de las fases de la luna no se hacen en el Observatorio de Tacubaya sino en los observatorios astronómicos, y que los astrónomos nada tienen que ver con los geógrafos. Ah, pero tiene tan bien planeado todo, que hasta en su billetera carga siempre un calendario de bolsillo donde señala con rojo las noches de luna. ¿Crees que soy tan inocente cómo para no pensar que anda con otra? Pues esta noche se le derrumba el teatrillo o yo me quedo navegando sola."

Emilia. La que gusta de formar enigmas propios y descifrar ajenos, siempre con aproximaciones sutiles, periféricas; la que huye constantemente de las definiciones con la misma seriedad con que defiende su manía por los gatos y su pasión por las películas y las novelas góticas. Así defino a Emilia mientras me dispongo a leer la adivinanza de hoy, escrita en uno de esos papelitos azules que me introduce en el bolsillo del pantalón antes de dejarnos cada noche. Lo desdoble y leo: "Donde Carlota declaró su amor a Max." (Por la ventana que da a Avenida Observatorio, una señora con dos niños vocifera contra el chofer que no hace la parada.)

A veces me pregunto si este juego iniciado por Emilia no terminará el día que se agoten los posibles lugares de nuestras



citadas. Al principio me pareció un poco extraña y hasta cursi su idea: vernos siempre en sitios distintos y con base en claves y adivinanzas; los lugares debían estar en un perímetro que abarcara sólo Chapultepec. Y esto se le ocurrió porque desde que empezamos a andar juntos, ella trabajaba ya con un equipo encargado de hacer la historia del Castillo, en ese edificio de ventanas ojivales al que se llega por las escaleras de piedra a espaldas del Auditorio. Yo acababa de entrar al Observatorio de Tacubaya. Ambos salíamos a las seis y la hora de cita era las siete, aun cuando yo tuviera que descifrar desde las once del día la adivinanza —de acuerdo con indicaciones suyas—, e ir comprendiendo poco a poco que las citas con Emilia son un reto constante a la memoria, para ella sinónimo de fidelidad, un medio de saber a qué grado de perfección se ha llegado. Y estos pequeños juegos de memoria que me parecieron al principio puros caprichos femeninos, han permitido una unión más sólida, me han dado la imaginación que no tenía y que ella no sabe sino derrochar.

Una de sus primeras adivinanzas, muy fresca en mi memoria, fue: "En el lugar donde habita la diosa de la muerte." La diosa de la muerte era Coatlicue, su morada, la sala mexicana del Museo Nacional de Antropología. Recuerdo mucho aquella tarde más que nada porque entonces comprendía que amar a Emilia era más que eso; era obligarse a sentir una soledad reconfortante y un ligero temblor en el pecho al entrar en ese gran vestíbulo con aroma a muchacha de Montana o a toalla de pullman, mostrar la credencial de estudiante, cruzar el gran patio sintiendo cómo el aire de enero ya, cala hondo mientras es atravesado por el ulular prolongado y ronco del caracol indígena. Después, internarse en la penumbra de la sala mexicana y descubrir a Emilia tras la estatua de Coatlicue, el influjo tibio de su sonrisa franca al verme, el brillo de su mirada donde se adivina que ha terminado de leer *El castillo de Otranto*, que el sábado no habrá que preocuparse más por el paradero de los gobelinistas austriacos encargados por Carlota al Mariscal Bazaine, porque ese día no hay trabajo y en el Lux dan programa doble, y esa tarde de besos a morir y rosetas, será acompañada por *Drácula* en versión de Christopher Lee, el mismo Lee en el papel de Jekyll/Hyde y Peter Cushing como Utterson todo flemático, pipa de barro, té, gatos de angora y vocales cerradas diciendo "*It is unbelievable, doctor Jekyll*".

Apenas ayer, me sorprendió con una adivinanza capciosa: "Lento... crepúsculo... violento." En principio, me incliné por la solución que me pareció más inmediata: Una tarde de junio era 14, porque recuerdo que mi hermano cumplía años, vimos el mejor crepúsculo del verano desde el alcázar del Castillo. Emilia me contaba que un investigador norteamericano que trabajaba provisionalmente donde ella, le había propuesto varias veces acostarse con él. Después, con sus labios en mis oídos comenzó a jugar con las palabras "Lento... crepúsculo... violento": Las nubes, sus

orillas irisadas por el sol, se desplazaban a velocidad poco frecuente, pero hacían posible la lentitud. Estaba seguro de que el enigma estaba resuelto y la esperé una hora en el alcázar. Entonces me convencí de que había errado: después del Castillo habíamos pasado a la exposición de Magritte y frente a una paloma que por cuerpo tenía un cielo del azul más absoluto, Emilia había unido su cuerpo estrechamente al mío, un poco por terminar de aguarles la tarde a unas viejas de junto a las que parecían de mal gusto los desnudos del inefable René, otro tanto para verificar la coincidencia de nuestra estatura casi igual. Estuvimos abrazados no sé cuánto tiempo, yo sujetando con mi mano su espesa mata de pelo, repitiendo mentalmente la cadencia del poema en prosa de Baudelaire, ella continuando en mi oído el cálido juego de palabras "lento... crepúsculo... violento".

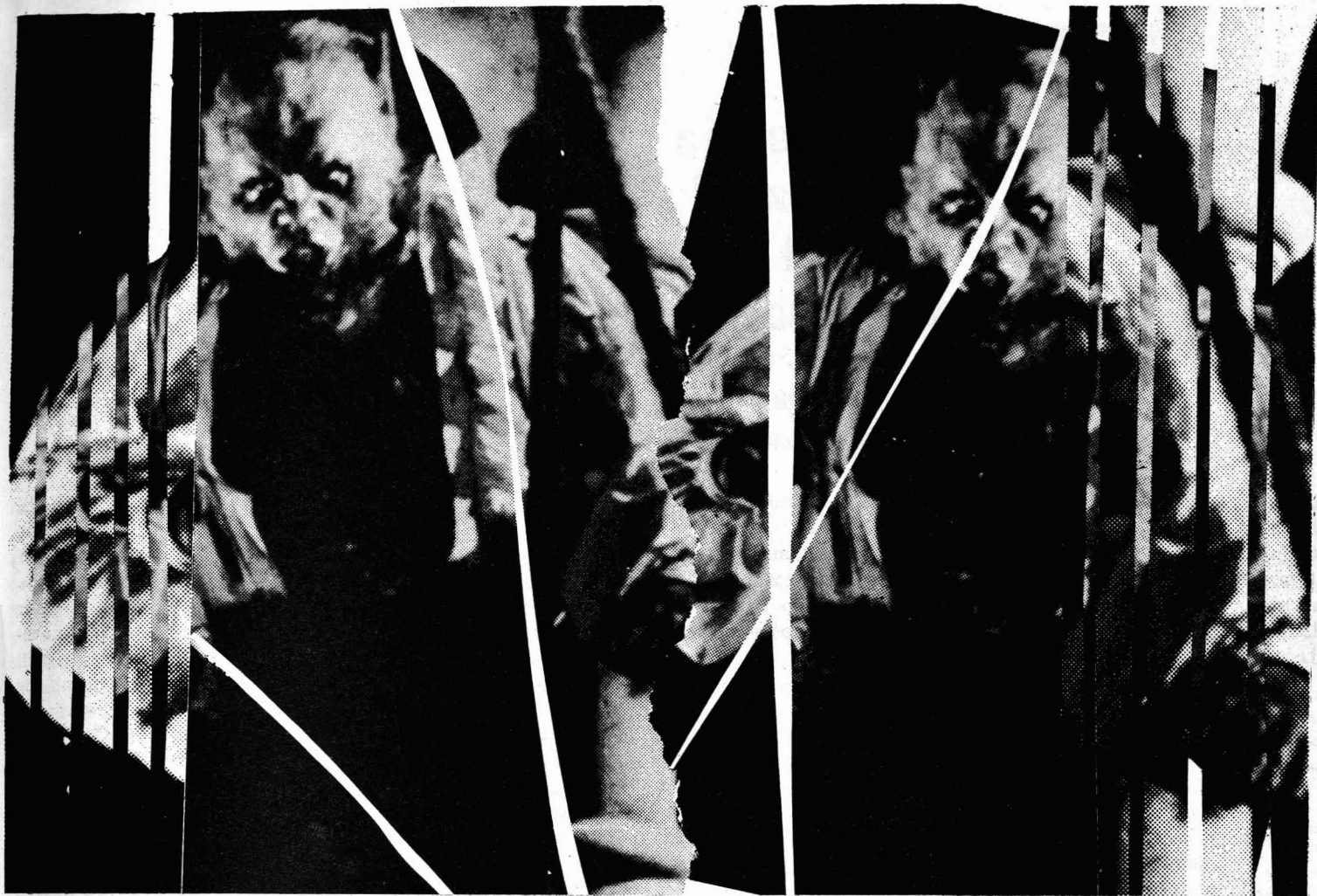
Pero tampoco estaba en el museo. Furioso, me dirigí al zoológico, ya casi seguro de no encontrarla. Habíamos terminado allí el día porque Emilia se empeñó en saltar la reja para ver si algún animal hacía el amor, como nosotros, por la noche. Emilia estaba allí, obstinada en conservar suya mi memoria; en sus ojos leía la certeza, la seguridad de que tarde o temprano, pero siempre, yo terminaría por descifrar todos los misterios que ella planteaba. Emilia. Emilia y la muñeca de trapo bajo el brazo. La muñeca de trapo que se interpone entre los dos al abrazarnos y emite un llanto leve.

■

Al llegar al cruce de Reforma y Melchor Ocampo, repito mentalmente el recado de hoy: "Donde Carlota declaró su amor a Max." El origen del enigma se remontaba a marzo del año pasado: Emilia iba de oscuro (acaso el suéter de cuello alto, el gris). Caminamos alrededor del lago y mientras yo contemplaba un gran cisne negro, me abrazó, diciéndome al oído: "En este barandal, Carlota declaró su amor a Maximiliano por centésima trigésima cuarta vez." Le pregunté si lo había leído en alguna parte; se rio mucho, me dijo que claro que no, pero que nada impedía que fuera cierto.

Camino por Reforma, hacia Palmas. Los autos comienzan a encender sus faros; al fondo, el cielo parece gemir en prolongados y ya difusos filamentos morados. Llego al lago, me siento en una de las bancas a un lado del barandal "donde Carlota declaró su amor a Max", veo el cielo hacerse cobalto, cubrirse de densas nubes oscuras; el viento sopla a través de las copas de los árboles a mi espalda. Pocos sonidos, aislados, se internan apenas hasta el lago ahora fuera de servicio, con todos sus botes alineados en la orilla. Pienso que los botes semejan peces muertos o simplemente botes panzarriba, y que hubieran gustado tanto a Magritte como a Van Gogh, pero pienso que no es eso, sino más, aun cuando me fatiga pensar en cualquier cosa.

Me disgusta sentir que ésta vaya a ser una de esas tardes en



las que no siento ánimos para nada. Siento sed, miro el reloj: aún media hora para las siete y el tiempo parece correr más lentamente, como lo advertí desde que salí del café y aún por la mañana, al medir mal dos veces la presión atmosférica.

En el kiosko del lago, comienzan a doblar sillas y mesas. Un muchacho barre, silbando. La escasa luz del local resbala suavemente en la superficie ya casi negra del lago. Pienso en pedir un refresco antes de que guarden todo, pero hace un rato he tomado casi al hilo dos aguas minerales. Los ahuehuetes a mi espalda parecen más grandes y oscuros que siempre; desde sus copas, sopla una nueva racha de viento. Extraigo la billetera del saco, para mirar el retrato de Emilia. Es entonces cuando noto otro de sus papelitos azules, tras la mica que enjaula su sonrisa. Lo desdoble y leo su caligrafía apresurada y nerviosa: "Por un día que faltes al trabajo no te van a matar, ¿verdad? Esta noche te contaré la historia de la pequeña Carlota y podremos contemplar la luna."

Las letras, las palabras, el retrato de Emilia, los ahuehuetes, el viento frío de la noche que ya es definitiva, todo se confunde y es superado por el dolor en la nuca, ahora más intenso. Miro el calendario de bolsillo: sólo entonces noto que no es el mío, sino que es de cinco años atrás y que las fases de la luna que señalo siempre con lápiz rojo no han sido marcadas por mí. Comprendo la atroz broma de Emilia.

Comienzan a caer gruesas gotas aisladas manchando la tinta azul de su recado. Intento ver la carátula del reloj entre la lluvia que cada vez se cierra más, miro hacia la entrada del lago: Emilia corre hacia mí, con la sonrisa que nada arranca de sus labios y el paraguas que intenta abrir infructuosamente contra el viento. En el cielo, la nube más grande se desplaza, deja el paso libre a la luna que brilla en toda su implacable blancura.

Emilia. La muñeca de trapo bajo el brazo y el cabello desordenado. Intento gritar, huir de mi propia voz, ya irreconocible, ajena a mí, al tiempo que el ardor se me clava en las encías y siento mis músculos dilatarse, mientras una saliva caliente y pesada desciende por las comisuras de mi boca. Emilia. Y su risa traspasando mis oídos como un violín de espuma atravesado por agujas; sus blancos dientes ya bajo la luz del arbolante; la metamorfosis radical de su rostro desde el momento en que la realidad amable y armónica se enfrenta a la pesadilla concreta y tangible.

Estática, me contemplo, y en el último instante de mi razón contemplo su cabello mojado, sus ojos absortos, su boca semiabierta, su garganta sin la medalla de plata de Notre-Dame de Arles, a cuya blancura se dirigen mis garras. Y aún alcanzo a pensar, Emilia, al destrozarte tu pecho, en qué feliz serías ahora instalada en una de las butacas de madera de tus cines de segunda contemplando mi metamorfosis superior al maquillaje de Lon Chaney, mi sangre erizada por el baño total de la luna al compás del llanto de la muñeca de trapo que no cesas de oprimir contra tu cuerpo mientras tus pupilas se desbocan en galope sin freno hasta el vacío.

... en la que el enfermo imagina que se convierte en lobo. Una leyenda difundida sobre todo en algunas regiones de los Cárpatos, dice que la transformación es también física, pues el licántropo adquiere todas las características del lobo, conservando sus facultades racionales pero siendo éstas superadas por el instinto animal. La metamorfosis tiene lugar las noches en que la luna se encuentra en su fase total (V. Roland Villeneuve, Loupsgarous et vampires). Se piensa asimismo que la única manera de terminar con él es atravesando su corazón con un instrumento de plata, metal al que parecen rehuir. ..."

(Traducción libre de *A dictionary on vampirism, licanthropy and werewolves* de Sir Philip Craftward. Middlesex, England, Higher Filford & Sons Ltd., 1922, p. 972).